

Repensar la educación

AÍDA SEGOVIA PUÑUÑURI

En un día típico el planeta Tierra pierde 225 kilómetros de bosques tropicales: más o menos un acre por segundo; además, aumentan 135 kilómetros sus desiertos.

Lo anterior es una consecuencia de la peculiar forma que tiene el género humano de administrar los recursos naturales, así como de la sobrepoblación existente.

También se pierden entre 40 y 250 especies; la población humana se incrementa en 250 mil habitantes, y se vierten a la atmósfera 2 700 toneladas de clorofluorocarbonos y 15 millones de toneladas de bióxido de carbono. Cada noche la tierra está un poco más caliente, sus lluvias y aguas más ácidas y la trama de la vida un poco más dañada.

Si estas cantidades se calculan para un año, se vuelven cifras asombrosas: los bosques tropicales perdidos son del tamaño del estado de Colima, los nuevos desiertos tienen una extensión como la de Nayarit, y la población mundial se incrementa en más de 90 millones de seres. Para el año 2000, el 20 por ciento de las especies conocidas en 1900 se habrán extinguido.

La verdad es que muchas cosas de las que dependen la salud y la prosperidad de la humanidad están en

riesgo: la estabilidad del clima, la actividad y productividad de los sistemas naturales, la belleza del mundo natural y la diversidad biológica, entre otras.

En gran medida todo ello es resultado del trabajo que realizan personas que tienen licenciatura, maestría o doctorado, por lo que cabe recordar lo que Elie Wiesel hizo notar: que los diseñadores y realizadores del holocausto de Auschwitz, Dachau y Buchenwald fueron herencia de Kant y Goethe, gente considerada como la mejor educada del mundo; sin embargo, su educación no evitó que actuaran en forma bárbara. ¿Qué estuvo mal en su educación? En palabras del mismo Wiesel (1990): "Ésta enfatiza teorías en lugar de valores, conceptos en lugar de seres humanos, abstracciones en lugar de construcciones, respuestas en lugar de preguntas, ideología y eficiencia en lugar de conciencia".

Lo mismo podría decirse de la educación respecto al mundo natural, la cual enfatiza teorías, no valores; abstracciones más que conciencia; elaboradas respuestas en lugar de preguntas; eficiencia técnica por encima de la conciencia. Ello significa que la educación no es garantía de que quien

la recibe sea poseedor de decencia, prudencia o sabiduría. Es más, mucha de esta educación origina problemas. Esto no es un argumento en favor de la ignorancia, sino que ahora la educación debe medirse por estándares de decencia y sobrevivencia humana. No es en sí la educación, sino cierta clase de educación, la que puede salvar a la humanidad.

En este artículo se presentan algunas reflexiones críticas en torno a la mitología de la educación y cultura contemporáneas; también se proponen aspectos que es necesario incorporar en la educación, ya sea en forma de valores o como materias en la currícula universitaria.

Mitos

¿Qué está mal en la cultura y la educación contemporánea? Se pueden encontrar pistas en la literatura, como el retrato que hace Christopher Marlowe de Fausto, quien cambia su alma por conocimiento o poder; o el Dr. Frankenstein, quien rehúsa asumir la responsabilidad de su propia creación. En esos personajes se encuentra la esencia de la modernidad, que consiste en controlar y dominar a la naturaleza.

La autora es profesora-investigadora del Instituto de Estudios Económicos y Regionales (Ineser) del Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas de la Universidad de Guadalajara.

Históricamente, la propuesta de Bacon fue la unión entre conocimiento y poder, la cual presagia la alianza contemporánea entre gobierno, negocios y conocimiento que ha causado tanto daño. La separación del intelecto, propiciada por Galileo, presagiaba el dominio de la mente analítica sobre la parte de ésta dada a la creatividad, el humor y la totalidad. Y en la epistemología de Descartes se encuentran las raíces de la separación radical entre el sí mismo y el objeto. Sobre estos tres aspectos se fundamenta la educación moderna, fundamentos que ahora se encuentran en un santuario de mitos aceptados sin cuestionarlos. A continuación se mencionan seis.

Primero

Existe el mito de que la ignorancia es un problema que tiene solución. Sin embargo, la ignorancia no es un problema que tenga solución, es parte de la condición humana. Hasta ahora, no se ha podido tener un conocimiento absoluto del universo. El avance del conocimiento conlleva el avance de alguna forma de ignorancia. Por ejemplo, en 1929, cuando los fluorocarbonos aún no se inventaban, se ignoraba el daño que podían causar a la capa de ozono y al clima, pero en 1930, cuando Thomas Midgely Jr. los descubrió, la ignorancia sobre los efectos provocados por su incorporación a la atmósfera se convirtió en una verdadera amenaza para la vida. Antes de los años setenta a nadie se le hubiera ocurrido preguntar qué hace esto y a qué.

En 1986 se descubrió que los fluorocarbonos han hecho un hoyo en la capa de ozono sobre el polo sur del tamaño de casi 48 estados de la Unión Americana; hoy se sabe que

han adelgazado en todo el mundo dicha capa. Con su descubrimiento creció el conocimiento pero –como la circunferencia de un círculo en expansión– también aumentó la ignorancia.

Segundo

Se cree que con suficiente conocimiento y tecnología es posible –en palabras expresadas en *Scientific American* en 1989– “manipular el planeta Tierra”. La educación superior ha dirigido sus esfuerzos a extender el dominio humano hasta la totalidad. En esta misión, la inteligencia humana podría haber tomado el camino equivocado. Sin embargo, esto de manejar el planeta suena bien a los oídos. Aparece un panorama fascinante: imágenes digitales, computadoras, botones que mueven cosas o hacen llamadas. Pero la complejidad de la Tierra y su sistema de vida posiblemente nunca llegue a ser manejada con seguridad completa. El comportamiento ecológico del suelo se desconoce en gran medida, así como la manera en que se relaciona con el total de la biósfera.

Lo que el ser humano debe aprender es a manejar en sí mismo los deseos, la economía, la política y las comunidades. Pero la atención está cautivada por aquellas cosas que evitan las elecciones difíciles en lo político, lo moral, lo ético y el sentido común. Tiene más sentido repensar al ser humano para que se relacione adecuadamente con un planeta que tiene límites, en lugar de adaptar el planeta a sus deseos infinitos.

Tercero

Es el mito de creer que el conocimiento acrecienta el bienestar hu-

mano. La explosión de información o el rápido y continuo incremento de datos, palabras y publicaciones no debe confundirse con el aumento del conocimiento y del saber, el cual, además, no se puede medir adecuadamente. Lo que tal vez se puede afirmar es que algunas clases de conocimiento están aumentando mientras que otras se están perdiendo. Por ejemplo, David Ehrenfeld mencionó que en las universidades de Estados Unidos se está dejando de contratar investigadores en áreas de sistemas, taxonomía y ornitología. Este conocimiento importante se está perdiendo a causa del reciente énfasis puesto en la biología molecular o la ingeniería genética, áreas de investigación más lucrativas aunque no más importantes. A pesar de los avances en algunas áreas, aún no se tiene nada de lo que en la tierra de la salud de Aldo Leopold predecía hace medio siglo.

No es sólo conocimiento lo que se está perdiendo, también se pierde conocimiento vernacular; esto es, el que las personas tienen de sus propias regiones. Según Barry López (1989: 55), “Es la fría naturaleza de la sociedad moderna la que ignora lo geográfico, lo local o nacional, de la misma manera que desprecia las aptitudes manuales; encontrando el conocimiento de las personas sobre sus propios lugares, momentáneamente entretenido y finalmente ingenuo. [Estoy] forzado a creer que algo raro, si no peligroso, está en la raíz de todo esto. Año con año la población rural continúa partiendo hacia las ciudades [...] Al darnos cuenta de esta pérdida de población y de conocimiento, el conocimiento del cual la verdadera geografía se deriva, el conocimiento del cual en

realidad el país depende, se ha vuelto algo difícil de definir, lo cual es siniestro”.

La universidad moderna no considera valiosa esta clase de conocimiento, sino sólo como una rareza del folklore. En cambio, ésta concibe que su misión consiste en hacer adiciones al llamado “fundamento del conocimiento humano”, aquel que procede de la investigación. Y de la investigación, ¿qué se dice? El historiador Page Smith (1990: 7) ofrece esta respuesta: “La vasta mayoría de la tan mencionada investigación salida de las universidades modernas, es esencialmente de bajo valor. Ella no resulta en beneficios que sean mensurables para nada o nadie. No ha ampliado lejanamente las fronteras del conocimiento humano tan confiadamente evocado. No ha resultado en grandes cantidades de salud o felicidad de la población o al menos un segmento representativo de ella”.

En esa confusión de datos con conocimientos se cae en un grave error al creer que la educación escolar hará mejores personas. Pero la educación, como dice Loren Eiseley (1979: 284), no tiene final y *“en sí misma [...] nunca nos hará personas éticas”*. Es más, pudiera ser que el conocimiento de lo que es bueno sea el que esté amenazado por los adelantos. Considerando las cosas más de cerca, es posible darse cuenta de que la gente se ha vuelto más ignorante de lo que debería saber para vivir bien y en forma en el planeta.

Reflexionando sobre lo que constituye el conocimiento y la clase de cuestiones que se deben investigar para alcanzar una sociedad sustentable, es necesario distinguir entre inteligencia y destreza. Suele acep-

tarse que la verdadera inteligencia tiene largos alcances, es variada y apunta hacia la totalidad. La destreza, en cambio, tiene alcances más cortos y tiende a fragmentar la realidad. Así, la destreza se manifiesta en la técnica racionalidad funcional con el *know-how* y los métodos, pero sin tener siquiera una pista de cuál es el más alto objetivo al que sirve la tecnología. Entonces, la meta de la educación debería ser conectar la inteligencia –con énfasis en la totalidad del sistema y sus largos alcances– con la destreza, lo cual implica ser claros en los detalles.

Cuarto

Es el mito de que la educación superior permite restaurar lo que ha sido descompuesto o dañado. La currícula moderna ha fragmentado al mundo en trozos llamados disciplinas y subdisciplinas, herméticamente selladas unas para con otras. Como resultado de ello, después de 12, 16 o 20 años de estudio, la mayoría de los estudiantes se gradúan sin tener un amplio e integrado sentido de la unidad de las cosas. Las consecuencias personales y planetarias son enormes. Por ejemplo, egresan economistas sin la más mínima noción de ecología o termodinámica. Ello explica por qué las cuentas nacionales no restan de los costos en el producto interno bruto el empobrecimiento de la biota, la erosión del suelo, el envenenamiento del aire y del agua, y el agotamiento de los recursos. Se suma el precio de la venta de las toneladas de trigo al producto interno bruto, pero se olvida restar las toneladas de suelo fértil perdidas al producirlo. Como resultado de esta educación incompleta hay un autoengaño al pensar

que somos más ricos ahora que antes. Lo mismo puede decirse de otras disciplinas y subdisciplinas que se han aislado de la vida misma.

Quinto

Creer que la educación es dar a los estudiantes, a través de la adquisición de grados de educación, importancia a sus personas, movilidad social y éxito. Thomas Merton (1985: 11) la ha identificado como *“la producción masiva de personas letradas pero inadaptadas para cualquier cosa excepto para tomar parte en una charada completamente elaborada y artificial”*. Cuando le preguntaron sobre su propio éxito respondió diciendo que *“si alguna vez ocurrió que yo haya escrito un best-seller, eso fue por puro accidente, debido a una falta de atención e ingenuidad, y tendré buen cuidado de que eso no vuelva a pasar otra vez”* (*ibid.*). Su consejo a los estudiantes fue que *“sean cualquier cosa que quieran ser. Locos, borrachos o bastardos de cualquier forma o tamaño, pero eviten a toda costa una cosa: el éxito”* (*ibid.*).

Es claro que el planeta no necesita más genios. Lo que necesita con urgencia es gente que vele por la paz, el bien del planeta y de la comunidad, gente que sepa amar al planeta y sus seres vivientes, que sepa vivir bien en sus entornos. Necesita gente con coraje y moral, dispuesta a luchar por hacer de este mundo algo habitable y humano. Y ello poco tiene que ver con el éxito, a la manera en que hoy se define.

Sexto

Finalmente, hay un mito en el que la actual cultura representa el pináculo de la realización humana, una arrogancia cultural de la peor clase y

una mala lectura de la historia y la antropología. Este punto de vista se resume en decir que se ha ganado la guerra fría. El comunismo falló porque produjo demasiado poco a un gran costo. Pero el capitalismo también falló porque produjo demasiado y compartió muy poco y a precios muy altos. El comunismo falló como una moralidad ascética. El capitalismo porque destruye toda moralidad. Este no es el mundo feliz que un gran número de publicistas y políticos pregonan. Existe un mundo de sibarita, riqueza para muy pocos y de pobreza al estilo Calcuta para un creciente número de personas. Peor aún: es un mundo de drogas, de insensata violencia y de la más desesperada clase de pobreza. El hecho es que se vive en una cultura desintegradora. Ron Miller (1989) lo dijo de esta manera: "Nuestra cultura no nutre lo que es mejor o noble en el espíritu humano. No cultiva la visión, imaginación o la sensibilidad espiritual. No motiva la benevolencia, la generosidad o la compasión. Encaminándonos a los finales de este siglo, notamos que es cada vez más frecuente, el punto de vista mundial de la estadística tecnocrática-económica que se ha vuelto una monstruosa destrucción de sentimientos como el amor y la búsqueda de la vida en el alma humana".

Repensando la educación

Midiendo contra la agenda de la sobrevivencia humana, ¿se debería repensar la educación? Véanse estos seis principios.

Primero

Toda educación es educación ambiental. Que a los estudiantes se les

enseñe que son parte de o para el mundo natural.

Segundo

Este principio viene del concepto griego de *paideia*. La meta de la educación no es el dominio de una materia, sino la formación de una persona. La mayor parte de nuestro desempeño confunde el medio con el fin, se piensa que la meta de la educación es llenar la mente del estudiante con toda clase de hechos, técnicas, métodos e información, en lugar de cómo y qué afectará el uso que le demos.

Tercero

El conocimiento conlleva la responsabilidad de ver lo que es bien usado en el mundo. El resultado de un gran avance en investigación permite una remembranza de lo presagiado por Mary Sheley: monstruos de la tecnología con sus subproductos, de los cuales nadie se hace responsable. ¿Quién se responsabiliza de lo ocurrido en Chernobyl, del derrame de petróleo del Exxon Valdez, de la destrucción de la capa de ozono, de lo ocurrido en Canal Love? Semejantes tragedias ocurrieron porque del conocimiento creado para producirlos nadie se hizo responsable. Esto podría ser visto como lo que posiblemente es: un problema de escalas. El conocimiento para hacer cosas arriesgadas ha ido más lejos que la capacidad de ejercer ese conocimiento en forma responsable. Algunas partes de este conocimiento no han podido usarse con responsabilidad, con seguridad y con buenos propósitos.

Cuarto

No es posible decir que se conoce

algo hasta no saber cuáles son los efectos de su uso en la gente, las comunidades y la naturaleza. Por ejemplo, la Ciudad de México ha llegado a ser destruida por las decisiones de grandes corporativos de invertir en la región. En ese caso los graduados de administración, economía, negocios y de otras áreas afines, altamente educados en especulación financiera, evasión de impuestos y movilidad del capital, han hecho lo que ninguna armada invasora podría hacer mejor: destruir la ciudad con total impunidad y bajo normas de conducta de lo que técnicamente se llama *bottom line*. Pero esto, para una sociedad, incluye otros costos: desempleo, altas tasas de divorcio, criminalidad, alcoholismo, abuso contra niños, falta de ahorro, y miseria. En ese caso, lo que se enseñó en tales escuelas o departamentos no incluyó la valoración de la bondad de las comunidades, o el costo humano de una racionalidad económica destructiva que valora la eficiencia y las abstracciones económicas por encima de la gente y sus comunidades.

Quinto

Este principio tiene que ver con que pueden más los hechos que las palabras. Los estudiantes escuchan hablar sobre la responsabilidad de todos a la vez que son educados por instituciones educativas que utilizan gran parte de su presupuesto de manera irresponsable. Los estudiantes aprenden –sin que se pronuncie una palabra al respecto– que ellos son impotentes en la lucha por reducir la brecha entre ideales y realidad. Lo que se necesita desesperadamente son profesores y administradores que se desempeñen con integridad, esmero y previsión, e instituciones capaces

de incluir sus ideales en todas sus acciones.

Sexto

Finalmente, es necesario tener en cuenta que la manera en que el aprendizaje ocurre es tan importante como el contenido del mismo. El proceso es importante en el aprendizaje. Las clases que se imparten de manera tradicional inducen a la pasividad. El aprendizaje en las aulas tiende a fomentar la idea de que la enseñanza sólo ocurre paredes adentro, donde el estudiante es aislado del irónicamente llamado "mundo real". Disectar ranas en la clase de biología enseña una lección que nadie en compañías decentes se atrevería a mencionar. La arquitectura de un campus

es pedagogía cristalizada que refuerza la pasividad, el monólogo, el dominio y la artificialidad. Yo creo que el estudiante tiene derecho a ser educado en formas y contenidos que van más allá del contenido de los cursos.

Reconstrucción

¿Qué se puede hacer? Muchas cosas, pero se puede comenzar por no permitir que los estudiantes se gradúen sin una comprensión básica de aspectos como los siguientes: las leyes de la termodinámica; los principios básicos de ecología; la capacidad de sustentación; los límites de la tecnología; los energéticos; las escalas apropiadas; la silvicultura y la agricultura sustentable; los costos menores

y el análisis de usos; los *steady-state economics*, y la ética ambiental.

Bibliografía

- Eiseley, L., *The star thrower*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1979.
Leopold, A., *A sand country almanac*, Ballantine, Nueva York, 1966 (trabajo publicado originalmente en 1949).
López, B., *American geographies*, Orion, 1989.
Lynd, S., *The fight against shutdowns*, Singlejack Books, California, 1982.
Merton, T., *Love and living*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1985.
Miller, R., "Spring editorial", *Holistic Education Review*, 1989.
"Managing planet Earth", *Scientific American*, 261, 3, 1989.
Smith, P., *Killing the spirit*, Viking, Nueva York, 1990.
Wiesel, E., *Remarks before the Global Forum*, Moscú, 1990.

Revista Universidad de Guadalajara

N\$ 15.00 ejemplar
6 números al año
N\$ 90.00 en el país

SUSCRÍBETE!

publiper

publicaciones periódicas universitarias

Av. Vallarta 1668 Tel. 825 48 68 Fax 826 77 23
o en TonoContinuo Av. Enrique Díaz de León sur 514-2 Telfax 827 21 05

